

habia de resultar forzosamente rudísima exacerbacion á todos sus dolores y lamentable agravacion de todas sus culpas. Id á decirle á quien siente que la sangre le hierve en las venas; que los sentimientos le estallan en el pecho; que las pasiones le señorean la voluntad; que la inspiracion profana le posee la fantasía; que la religion del arte le embarga toda la mente; id á decirle con empeño un horóscopo de penitencias, de maceraciones, de cilicios, entre cuatro paredes, donde le aguardan el rezo continuo, como toda expansion del alma, y como todo trabajo el cavarse la sepultura para llamar con los golpes de su azadon y sobre el suelo á la eternidad y á la muerte. A un hombre así, el claustro ha de ser forzosamente irremediable perdicion. En vez de los ángeles del cielo, venidos á través de lo infinito para entonarle en los oídos aquellas sonatas cuyos ecos dejan el éxtasis en las almas seráficas, verá los demonios abortados por los infiernos, venir en tropel hasta su celda, y sentirá quemarle con hierro candente desde los poros de su piel hasta los glóbulos de su sangre en inenarrables tormentos. Las lápidas funerarias que pisa, le reconviene, porque las mancha; la campana de la torre le martiriza, porque en vez de despertarle á la oracion, le despierta á otros profanos pensamientos; el sayal de lana se le pega al cuerpo como una túnica de fuego en cuyos pliegues arde y se consume; los cantos del coro le desgarran el alma, avivando crueles remordimientos; y las imágenes y las efigies, se desprenden de sus altares para perseguirle, como furias al borde oscuro de los mares de hiel que componen aquella tristísima vida sin ilusiones y sin esperanzas. Un alma así, no podria someterse sino por el amor que le ligara á una mujer querida, y por los sonrosados angelillos de los hijos que devuelven al espíritu su inocencia, y convierten la vida en verdadero paraíso. Y no hay adversidad mayor que la contradiccion con las vocaciones verdaderas. La primera base de la virtud, se encuentra donde se encuentra la base primera de la felicidad, en el cumplimiento extricto de las legítimas vocaciones. No las contradigais jamás; que resuenan como la voz misma de Dios en la vida.

Así es que, para lanzarse á la profesion, apuró Filippo todos los términos de la paciencia. Supo que se habian notificado á la Señoria los nombres de los contrayentes; supo que la ceremonia de prometerse con mútua promesa en matrimonio se habia verificado, cambiándose los anillos; hasta supo que el cortejo salia de la casa de los Buttis y se encaminaba á la iglesia su San Giovanni. Ya nada, absolutamente nada le quedaba que esperar en de desesperacion y su desgracia. Y en el momento mismo de comenzarse la misa de boda para Lucrecia, se comenzaba para Filippo la misa de profesion. El público mas espléndido, mas literato, mas artístico de aquella entendida y literaria y artística Florencia, habia concurrido preferentemente, apesar de la fastuosa boda que en el mismo instante se verificaba, á la festividad monástica, atraído por la esperanza de ver profesar á un artista, y oír la plática elocuentísima del prior, reputado entre los primeros oradores de su tiempo.

La iglesia estaba llena de bote en bote; y Filippo salia de su celda para expresar sus sagrados votos eternos, casi al mismo tiempo que Lucrecia salia de su casa, para expresar otros votos no menos sagrados é indisolubles. Ningun presentimiento le decia al novicio lo que ideaba la novia. Abrumado por el peso de una desgracia, sin cuya realizacion positiva, jamas profesara, no adivinaba cómo débil mujer, á quien solo se apareció en forma de sobrenatural fantasma, preferia esta aparicion misteriosísima á la nobleza, á la fortuna y á la gloria. Confesemos que, aun admitiendo en los artistas, como en los poetas, aquel don de profecia concedida á su genio por los antiguos, necesitábase intuicion cuasi divina para saber cuanto Lucrecia guardaba en su pecho, y presentir cómo una boda convenida, ultimada, con todos los preliminares cumplidos, con todas las leyes observadas, con todas las ceremonias hechas, iba á romperse por una palabra sola en los altares mismos, y con el yugo nupcial sobre la cerviz ya doblada y apercebida á recibirlo ante Dios y los hombres. Conforme iba Filippo acercándose al instante que debia separarlo de Lucrecia, iba Lucrecia acercándose al instante que en su sentir, debia unirla para siempre con Filippo. Enamorada de una locura, de un imposible, de un fantasma por exaltacion de sentimientos y exaltacion de fantasía, pensaba que el fantasma se alejó desde que supo los preparativos de la boda, y volveria en cuanto supiese el rompimiento. Y entonces su estancia, en monasterio alejado de Florencia, donde pasaria un noviciado, en apariencia de monja y en realidad de casada, le permitiria cierta libertad imposible en su palacio florentino, dado al celo de su dueña Brígida y al recelo de su padre Buttí. Digámoslo en honor suyo, pues no debe pintarse al cuervo mas negro que sus alas; con todas estas exaltaciones de fantasía y de corazon, y con todo este romanticismo propio de un drama español, mezclaba la jóven hija de los Buttis un tantico de cálculo mercantil y positivo, proponiéndose convertir su fantasma en gallardo jóven de carne y hueso, así como enlazarse con él por toda una eternidad, segun las leyes y ceremonias de la iglesia. De la misma suerte que Filippo ignoraba la resolucion de Lucrecia, ignoraba Lucrecia el propósito de Filippo, lanzado al claustro y sumergiéndose por toda una eternidad en aquella profesion religiosa, con la cual resultaban incompatibles todos sus proyectos. Caminamos por el mundo siempre emboscados, junto á males y peligros que desconocemos por completo. Un minuto decide con suprema decision de toda una eternidad. Cada hecho se convierte en série de hechos, con la cual solemos encadenarnos é ir encadenados hasta las puertas mismas de la muerte. Se amaban estos dos jóvenes y se desconocian. Su felicidad estaba pendiente de su encuentro; y remolinos de hechos les separaban y dividian por espacios tan inmensos como la eternidad. Ahora que ella daba un paso hácia él, daba él un paso hácia la eterna separacion y apartamiento. ¿No habia en los aires un génio, un ángel escondido, invisible á los ojos de los demás,



solo á sus ojos visibles, como las apariciones místicas que le dijese: detente? El arte, el arte lo perdía. Por esos refinamientos propios de un artista, que en las cosas mira el relieve de las formas, y en los sucesos mas vulgares, los enredos del drama, habia conseguido del prior que la profesion se celebrara á la misma hora que la boda. ¿Por qué no mas tarde? ¿Por qué no al dia siguiente? ¿Por qué no esperar una hora? Mientras queda el alma en el cuerpo de un moribundo, queda la esperanza de remediar lo irremediable en sus deudos. Mientras un hecho no se ha consumado, puede por cualquier accidente evitarse. Quiso drama Filippo y tuvo drama. Nada mas dramático que Lucrecia yendo á la boda y Filippo al monasterio. Pero nada mas infeliz que Lucrecia acercándose á Filippo su amado por un esfuerzo supremo y Filippo huyendo de Lucrecia por toda una eternidad.

Las dos orillas del Arno celebraban pues magníficas fiestas religiosas en el mismo dia y á la misma hora. Por la orilla derecha iba el cortejo de boda que conducia unos novios á la iglesia; por la orilla izquierda iba la procesion que conducia á un novicio á sus votos eternos é irrevocables. En la orilla derecha sonaban las trompetas de la Señoría bajo la sonora lógia de Bigallo en señal de regocijo, y en señal de regocijo sonaban las campanas del Carmine. Los que hayan arribado á Florencia con ánimo de visitar sus bellezas artísticas, no pueden ménos de haber ido al Carmine, ilustrado por los pinceles de Masacio, del mismo Fra Filippo, y de su hijo Filippino Lippi, los cuales han dejado en una de las capillas laterales de la derecha, frescos erigidos por la crítica moderna en verdaderos monumentos, donde el espíritu humano se transfigura con espléndida transfiguracion y se ostenta una de las obras mejores del Renacimiento, uno de sus títulos más imperecederos á la inmortalidad, con que resplandece y resplandecerá en los anales de la historia por sus obras embellecida, y en los senos de la ciencia humana por su poder emancipada. Aunque Santo Tomás y otros grandes doctores combatieran la música en las iglesias, el Carmine tenia entonces su órgano, si bien imperfecto, pues aun no habia trabajado Kranz, el gran perfeccionador de estos bellísimos instrumentos religiosos, cuyas notas inundan el alma de cierta nostalgia divina y la elevan al deseo de lo infinito y de lo eterno. Mas era de ver en aquellas iglesias, donde tan admirablemente se unian las líneas góticas con las líneas del Renacimiento, el gentío recogido y callado; el éxtasis general en que se perdía á los ecos de la música sagrada y de los coros religiosos; los monjes con sus hábitos blancos como el mármol de Carrara, moviéndose en todas direcciones y entonando melancólicas salmodias; los innumerables prelados de toda la cristiandad, presentes en Florencia con motivo del Concilio florentino y reunidos en el Carmine, así para ver la profesion del artista, como para oír el sermón del prior, agrupados á un lado y otro del altar con sus vestiduras de púrpura, sus capas pluviales recamadas de oro, sus cruces de diamantes y esmeraldas y rubíes y amatistas y ópálos, en cuyas superficies

y facetas reverberaban las luces que resplandecian por los altares, y que bajaban de las bóvedas en arañas venecianas, tan esplendentes y luminosas como la rica y deslumbradora pedrería.

Filippo tocaba al momento supremo de su profesion pública en ese estado de tranquilas apariencias, que se manifiesta por una grande insensibilidad externa, siendo la interna reconcentracion del dolor. Como nada le podía salvar, dejábase conducir, cual un muerto, de aquí para allá en poder de los que iban á llamarse sus hermanos. Asistente el mas jóven y mas alegre de la comunidad, Fra Alberto; y el mas viejo y triste, Fra Simon. Mientras le ceñian el albo traje de novicio, túnica blanca con capucha, pero sin manto, hablaban Alberto y Simon de las noticias que iban llegando respecto á la boda, una de las más ricas y más lujosas entre las celebradas en la rica y lujosísima Florencia. La palabra no puede pintar los dolores que desgarraban el alma de Filippo cuando oía la descripción de la boda: las damas y los galanes que iban; los pages que lucían tan ricos brocados; los caballos con sus caparazones de oro y sus mantillas bordadas de oriental manera, que piafaban orgullosos; los jóvenes que improvisaban murallas de flores y de cintas; los conciertos de la logia de Bigallo adornada por coros vestidos de terciopelo y lises que llevaban los jarrones, los azafates, las palancanas, los aguamaniles de metales preciosísimos, los adornos de la calle de los Spadas que excedía y aventajaba á cuanto Florencia viera en sus innumerables festejos. Su sensibilidad delicada, pues tenia alma de artista; su juventud tierna, apenas contaba veintidos años, dábanle facilidad de conmoverse y de pasar desde una á otra emocion, por cuya causa bien podía llamarse, como decimos ahora, nervioso é impresionable, sin que sus nervios ni sus impresiones obstasen á la entereza y á la fuerza verdaderamente varonil de su resuelto carácter. Así es que, al entrar en la sacristía y fijarse en la pintura del frente de la pared que da hácia el altar mayor, no pudo reprimir otro arrebato de pena y de tristeza, porque, representando una vida de Santa Cecilia, obra de Spinello, en fresco espaciosísimo, por la parte superior, compartimento primero de la izquierda, se veía la boda entre la gloriosa mártir y su esposo Valeriano. ¿Por qué el arte me atormentará así con sus evocaciones inmortales? se preguntaba á sí mismo interiormente. ¿Por qué me recordará que hay seres felices identificados en el mismo amor, los cuales pasan la vida juntos y no conocen del mundo sino su único paraíso, la serenidad eterna de un amor tranquilo y satisfecho? Todas las criaturas amarán: desde los insectos perdidos en los átomos de tierra y en las gotas de agua hasta los mundos acompañados de sus lunas y de sus estrellas, en las cuales como que se recrean; y yo, hombre, el más perfecto de todos los seres, me veré privado de tan universal sentimiento y perdido en esterilidad tristísima. ¡Oh! Lucrecia, tus labios en cuyo carmin tiñera yo mi corazón; tus ojos en cuya lumbre iluminara mi inteligencia; tus manos queridas que quisiera lle-



var mil veces á mi pecho, para sentir como pulsabas sus latidos, se posarán ¡ ay! en rival afortunado á quien maldigo y detesto. Noche terrible esta noche de tus bodas en que no vendrá el sueño á mis párpados ni la paz á mi alma, llegando al través de los aires tus besos y tus suspiros á mi oído para difundirse en mis venas y encenderlas con plomo candente y atormentarlas con horrorosos tormentos. Quisiera no haber nacido ántes que verme condenado á experimentar tamañas penas, contra las cuales no hay resistencia en este sér humano creado para el dolor y el sufrimiento.

Por fin sonó la hora de entrar en la iglesia. Uno de los primeros arzobispos del Concilio celebraba la misa. A la derecha del altar mayor estaba el Abad ó Prior sentado en un sillón gótico y dispuesto á dirigir la plática de rúbrica. A la izquierda veíanse tres cojines sobre los cuales iban á arrodillarse el novicio y sus dos asistentes. Móvil aquel, con un alma semejante á las inciertas y voladoras mariposas, pasaba de emoción en emoción á cada instante y con extrema facilidad sacando de sus emociones el dulce jugo de una idea bellísima. En cuanto ocupó el sitio que le estaba destinado, fijáronse sus ojos en rígida Madona bizantina que lucía sobre el tabernáculo, traída á aquel sitio hácia fines del siglo décimocuarto, severa y oriental como la liturgia cuya simbólica representaba. Inmediatamente que la observó, su inquieta inteligencia fué pasando de las emociones amorosas á las emociones artísticas. En vano resonaba el órgano acompañando con notas sencillas y agudísimas la salmodia de los sacerdotes; en vano crugían las capas pluviales repitiendo la luz de las lámparas y arañas en la plata y oro de sus brocados; en vano se mecían dulcemente los incensarios en manos de los diáconos arrodillados junto á la Epístola y al Evangelio en la actitud rendida de los serafines y de los querubines á los lados del Eterno; en vano el prelado y sus cooficiantes cumplían todas las ceremonias de la misa católica con la magestuosa solemnidad propia de nuestro culto; el pintor veía la Virgen pintada sobre el sacro altar, y sin darse cuenta de su propia idea, trataba como de justificarse á sí mismo el cambio realizado por él y por su escuela en las artes del color y del dibujo. Si en uno de los más humildes rincones del altar se fijara, viera casi perdido entre las cortinas, casi oculto en la sombra, con su traje de dominicano blanco y negro, los brazos tendidos al cielo, cual si estuviera en medio de aquella multitud enteramente solo, embebecidos los ojos, estático el semblante, agitados los labios por una plegaria interminable, hundidas las rodillas en tierra, al representante último de la pintura cristiana, al beato Angélico que oía la misa como si sus ceremonias lo trasportasen al Empíreo y palpablemente le mostraran en la realidad de la gloria la Trinidad divina, por cuya vision beatífica suspiraba aquel desterrado en las playas de este mundo, desde las cuales llamaba continuamente á su patria celestial. Y viera entre la religion de Angélico y su religion, entre la serenidad de Angélico y sus pasiones, entre el arte místico de

Angélico y su arte naturalista, la sociedad que se iba envuelta en las últimas sombras de la Edad Media y la sociedad que venia en los albores de los tiempos modernos henchidos con la exhuberancia de una nueva vida. Y entonces notara que hijo de su tiempo, tenia por fuerza que apartarse del tipo consagrado en las tradiciones litúrgicas, sostenido por los artistas piadosos, reflejado como un crepúsculo del alma en las paredes de los cenobios y arrancarle á la figura humana, tal como naturaleza la presenta, sus velos misteriosos, para reproducirlo con la fecundidad del pensamiento y coronarla con las aureolas de los dioses en las cunas espléndidas del arte, á fin de que pudiera cumplirse la misteriosa ley del humano progreso. La idea de un siglo sube de la nota que se escapa de un instrumento á la idea que se evapora de un cerebro; de la piedra que levanta en ritmo el arquitecto al matiz que traza el pintor en su cuadro; de la palabra que el orador expresa á la institucion que el político funda; y en toda esta escala armoniosa y sublime se revela desde su variedad infinita, que toca en la variedad misma de la naturaleza, hasta su unidad sobrenatural que se confunde con la unidad misma de Dios, como nexo necesario entre lo finito y lo infinito.

Por fin llegó en aquella ceremonia la hora solemne, la hora de la profesion y de los votos. Aunque grande, la movilidad de Filippo fijóse en aquel momento decisivo, que encerraba en su fugaz giro toda una eternidad. Salía del mundo amable á su corazón y entraba en el claustro á su corazón aborrecible. Dejaba de ser el jóven de las jácaras, para pasar á ser el monge de las oraciones y de las penitencias. Renunciaba para siempre á la pasión, exaltadísima y con mayor fuerza sentida por su pecho, al amor correspondido y feliz. Entraba resueltamente en una nueva vida.

Cumplióse el ritual. Con arreglo á sus cánones raparon á Lippi la cabeza; con arreglo á sus cánones le pusieron el manto de profeso; con arreglo á sus cánones le preguntaron si queria entrar de por vida en aquella religion del Cármen; con arreglo á sus cánones quedó hecho fraile quien días ántes pasara, y con razon, por el mayor calavera de Florencia. Todo cuanto acaeció en esta ceremonia tuvo la magestuosa solemnidad propia de su importancia: la misa mayor celebrada por un prelado; el «Veni Creator» cantado en coro por toda la Comunidad y en silencio rezado por todos los asistentes. A sus ecos tendióse el novicio sobre las losas de los pavimentos; invocándose á la tercera persona de la Trinidad con himno tan sublime; y las notas bajas del órgano semejaban los rumores de lejanos truenos, y los ecos de las salmodias, la expresion del recogimiento y del terror. Diríase que la esencia misma del Espíritu Santo bajaba desde el cielo para tender sus alas, como sobre su nido, sobre la tierra, y avivar con su calor celeste, semejante al calor de la primera luz, innumerables ideas en la humana mente. Todo imponia; el silencio general de la concurrencia, la actitud de los obispos y arzobispos, sin excepcion arrodillados con las manos



plegadas, las cabezas hundidas sobre el pecho, los labios vibrando misteriosas plegarias; al esplendor de los altares iluminados como por luz espiritual; á los ojos enrojecidos en el misticismo; las nubes de incienso entre cuyo azulado humo subian á las alturas tantas oraciones; el resonar de los órganos fingiendo como una tempestad, eco lejano de las tempestades del alma; el cantar de los sacerdotes llamando con los lamentos del naufrago, que en lágrimas se anega, las playas celestiales; la postura del novicio cuyo hábito podía tomarse por un sudario y cuya rigidez por el frío de un cadáver; la venida del Espíritu Santo á los llamamientos del alma, al través de lo infinito, hácia este átomo de polvo perdido entre los mundos innumerables para enrojecerlo y divinizarlo en las ideas creadoras que flotan eternamente por la mente de Dios y que son como la llama en que se aviva, y el ideal á que se ajusta toda la creacion.

No podían ménos todas las almas que sentirse atraídas por la fuerza misteriosísima de estos cánticos religiosos, los cuales hablándonos de misterios, en realidad nos hablan de cuanto se acerca más á nuestra naturaleza. Pero la única alma que se revelaba contra el influjo poderoso de aquella ceremonia, era el alma á quien se consagraba, el alma de Filippo. Así que pasaron las ideas artísticas despertadas en su mente por los cuadros á cuyo influjo nunca podía evadirse, volvió su corazón á sentir el peso de aquellos votos y su voluntad á forcejear entre los eslabones de la cadena que ella misma forjara: Lucrecia era su recuerdo, Lucrecia su esperanza, Lucrecia su amor. La veía en las líneas de la imágen que se levantaba sobre el altar; la escuchaba en las notas del órgano que henchian de misticismo las almas; imaginaba aspirar su aliento en los aromas del incienso quemado sobre las aras del Eterno. Religion, templo, cantares, ceremonias, no eran más que aparatos vistosos de su irremediable suicidio. Puesto que su amada entregaba el corazón á otro hombre, entregaba él su alma á esa inmensa sepultura llamada cenobio. Y, por lo mismo, en cuanto le preguntaron si profesaba asintió, aunque con la precipitación y con el aturdimiento y con la rabia de quien se clava un puñal en el pecho. Y pasó la línea divisoria entre la vida y la muerte con paso acelerado, semejante en todo al suicida que se impacienta por llegar con verdadera rapidez á la muerte.

Así no es mucho que oyerá distraído la plática del prior cuyos principales fragmentos reproduciremos aquí, por considerarlos esenciales al desarrollo de nuestra historia.

Eminentísimos señores:

«Ille (rex) corpora custodit ad mortem; hic (sacerdos) animam servat ad vitam.»

Chrys. Sacerd. III, I sq.

Día de verdadero regocijo este día solemne en los cielos y en la tierra. Presentes todos los sucesos y todas las cosas en la divina inteligencia, pues

en su inmensidad, ni hay tiempo ni hay distancia, nuestro oscuro planeta brillará allí hasta en sus profundidades mas tenebrosas como un sol sin ocaso y los humanos desterrados en este valle de lágrimas, se encontrarán allí tan cerca del trono altísimo como los mismos ángeles del cielo; y por ende seráfico Te-Deum resonará allá arriba al ver como este jóven á quien llamaba el mundo con sus hechizos, la gloria con sus laureles, el arte con sus encantos, el amor con sus goces, renuncia á todo en la flor de los años, y en la erupcion de las pasiones, para venir como atraído por celeste llamamiento al claustro, con ánimo de abrazar la caridad, el ayuno, la penitencia, por cuya virtud subirá de un vuelo en el día de su muerte á la gloria, recobrada la gracia que perdiera por la primera culpa, purificado de las terrestres manchas y digno de la bienaventuranza, primero, por los méritos de Cristo, y despues por sus votos, por sus arrepentimientos, por sus obras y por sus oraciones.

Mucho se recrea el Altísimo en contemplar á los serafines y los querubines que vuelan por los cielos; pero mas se recrea todavía en contemplar á los pecadores que vuelven á la luz de la divina gracia. En la materia angélica no hay sombra; pero en esta materia nuestra tan tenebrosa, el regreso hácia la luz prueba toda la eficacia de la sangre derramada por la divina víctima en las sublimes aras del Calvario. Y este pecador, no satisfecho con una virtud vulgar, sino deseoso de elevarse por el esplendor de su conversion sobre las potestades de la tierra y confundirse con el mismo cielo, abraza el orden sacerdotal á cuyo seno baja en esencia el Espíritu Santo; y escoge el sacramento que le da poder bastante á repartir entre los hombres el perdón divino y enderezar en el trance de la muerte con su absolucion las almas hácia la gloria, donde les aguarda la vision beatífica de Dios: que si todos los cristianos reciben con las aguas del bautismo un sacerdocio espiritual, solamente los escogidos por la gracia y consagrados por los divinos óleos reciben la potestad de conferir los sacramentos.

Misero mortal, á tus manos de barro descenderá todos los días en el santo sacrificio de la Misa aquel que no cabe en los espacios y en los tiempos; por tus pobres venas, tan sujetas á enfermedades, se difundirá la sávia del universo, la sangre de Cristo que con una sola gota podria poblar la nada de mundos y de soles, ó extinguir el fuego de los infiernos; tu ténue palabra limpiará la conciencia mas manchada, como una hostia purísima, que podrás elevar á las alturas y depositar en poder de los serafines, los cuales sobre sus alas la llevarán hasta los eternos santuarios; sobre tu mente descenderá á todas horas, en invisibles lenguas de fuego, el Espíritu creador, como sobre los apóstoles en el cenáculo aquel Espíritu que encendió la luz sobre el caos; y al verte pasar te bendecirán las potestades celestes y los coros angélicos; porque bajo Dios y sobre la creacion, no existe ministerio tan divino como tu ministerio, el santísimo sacerdocio.